

LAS NUEVAS DESIGUALDADES Y SU FUTURO

Néstor García Canclini*

Hace un tiempo que el mundo tiende a concentrarse en las diferencias y distraerse ante la desigualdad. Somos la época más perspicaz para lo que nos hace diversos y para captar los muchos modos de diversidad. Antes se pensaba sólo en las diferencias ligadas al territorio o la nación, las lenguas, las razas o las etnias. Llevamos más de un siglo de movimientos feministas que pusieron en la escena las diferencias de género, y en décadas recientes se reconoce que la diversidad de género no se agota en la que separa a hombres y mujeres.

Últimamente, se vuelven visibles nuevas diferencias: creció la literatura que trabaja con la diversidad construida por las industrias culturales y la globalización. La interdependencia planetaria en las comunicaciones y las migraciones masivas entre países y entre continentes colocan cada día el llamado “choque de civilizaciones” en las agendas periodísticas y políticas. La antropología, como la disciplina más entrenada para estudiar las diferencias, fue asumiendo un papel protagónico en las ciencias sociales.

En cambio, desde Marx a Pierre Bourdieu, la economía política y la sociología dieron más importancia a la desigualdad. Durante muchos años se leyó la desigualdad, como sabemos, a partir de la división en clases, según la diversa participación en las relaciones productivas. A partir de Weber las diferencias culturales o simbólicas fueron encontrando lugar en las teorías sociológicas. En la penúltima etapa de este camino, las investigaciones de Bourdieu mostraron que las inequidades socioeconómicas serían insuficientes para dividir a las sociedades si al mismo tiempo esa desigualdad básica, no se articulaba estructuralmente con las distinciones que se construyen en la escuela, en el consumo, en los gustos y las opciones estéticas. Las sociedades se reproducen y se diferencian por el modo en que organizan el acceso desigual tanto a los medios de producción como a los bienes simbólicos. Saber si alguien tiene coche o viaja en transporte público, cuál es la marca de su coche, a qué escuela envía a los hijos, dónde elige ir de vacaciones y dónde comer es tan significativo como conocer sus ingresos mensuales. Pero ahora nos detenemos tanto en las distinciones culturales que nos olvidamos de la desigualdad.

* Profesor-Investigador Distinguido de la Universidad Autónoma Metropolitana, de México.

Cuando cayó el muro de Berlín en 1989 se creyó que se desmoronaba el prestigio de las explicaciones clasistas sobre las desigualdades sociales. Los nuevos muros levantados desde entonces, como el que separa a Israel de Palestina y el que crece entre Estados Unidos y México, parecen separarnos por las diferencias étnicas o nacionales. La desigualdad se menciona poco. Aún quienes prestan atención a las diferencias socioeconómicas entre ambos lados de las fronteras, tienden a hablar sólo de la necesidad de superar la pobreza.

Los gobiernos surgidos en los años recientes en América latina, como expresión del descontento por la recomposición neoliberal de las economías y su fracaso, se proponen combatir la pobreza y el desempleo pero no el agravamiento de la desigualdad. Lula, Kirchner y los moderados socialistas chilenos o uruguayos encaran planes para reducir el hambre y el porcentaje de pobres o desocupados, no para redistribuir la riqueza. También en México el último debate electoral exhibió esta agenda limitada, y aun la opción de centroizquierda tuvo como lema “primero los pobres”. Es al menos sospechoso que la desigualdad sea una palabra casi secreta en el lenguaje político en estos años en los que los programas llamados de ajuste estructural e incorporación asimétrica de las sociedades latinoamericanas a los mercados mundializados agravan la condición de nuestro continente como el más desigual del mundo.

¿Diferencia o desigualdad? No se trata simplemente de corregir el desequilibrio, ni superar la subordinación de una noción a otra. Mi hipótesis de partida es que ni la diferencia ni la desigualdad se organizan ahora de la misma manera que hace cincuenta años, y por eso -más que reivindicar el análisis macrosociológico de la desigualdad o las antropologías de la diferencia- necesitamos replantear la mirada sobre lo que está transformándose. Voy a detenerme en dos cambios: a) la globalización de las industrias culturales y de la convergencia digital como reconfiguradores de la diferencia y la desigualdad; y de las articulaciones entre ellas; b) las nuevas divisiones e inequidades, que no nos separan sólo entre ricos y pobres, o entre trabajadores del primer mundo y de los países periféricos, sino entre quienes tienen trabajos formales y quienes se insertan preferentemente en redes informales de trabajo y consumo. Para argumentar este desplazamiento del análisis voy a concentrarme en datos de México.

La construcción mediática de la diferencia y la desigualdad

La diversidad cultural no se configura exclusivamente, dentro de cada sociedad, ni se resuelve subordinando las diferencias étnicas y regionales a espacios educativos y políticos nacionales monolingües. La interconexión de clases y etnias ocurre ahora a escala transnacional. Las migraciones y las industrias culturales aparecen como organizadores clave en esta expansión supranacional de la diversidad y las desigualdades.

1. Pocas industrias culturales son tan elocuentes como el cine para mostrar las nuevas configuraciones globales en las que las diferencias son también resortes de la desigualdad, y como pueden trastocarse las relaciones entre minorías y mayorías.

En un tiempo globalizador las minorías no solo existen dentro de cada nación. Se convierte en minorías a conjuntos poblacionales mayoritarios o masivos formados a escala transnacional, por ejemplo los hablantes de una misma lengua y las redes de consumidores multinacionales. Si bien hace mucho tiempo se sabe cómo en las sociedades nacionales una élite puede imponer su cultura como mayoritaria, ahora confrontamos el hecho de que culturas internacionalmente más numerosas son arrinconadas en lugares minoritarios de los mercados globales.

En la industria cinematográfica, el predominio mundial del cine estadounidense desde la posguerra se convirtió en oligopolio a partir de la década de 1980 al controlar conjuntamente la producción, la distribución y la exhibición en más de un centenar de países. En una operación más expansiva que en cualquier otro campo cultural, Hollywood ha impuesto un formato de filmes casi único: producciones de más de 10 millones de dólares –en las que más de la mitad del presupuesto se destina a marketing- con preferencia por los “géneros de acción” (*thriller*, policíacos, aventuras, catástrofes, guerras) y con temas de fácil repercusión en todos los continentes.

No es fácil encontrar otra remodelación global, ni en la industria editorial, ni en la musical, ni en la televisiva, ni en las artes visuales, que elimine de la circulación internacional a vastas zonas de la producción cultural y las reduzca a expresiones minoritarias, como ocurre con cinematografías históricamente tan significativas como la francesa, la alemana y la rusa. En ningún lugar esta conversión de naciones numerosas, con alta producción artística, en expresiones culturales menores es tan impactante como en

Estados Unidos. Mientras este país exige al resto del mundo absoluta liberación de los mercados, sin cuotas de pantalla ni ninguna política de protección para las películas nacionales, el sistema de distribución y exhibición estadounidense combina varios factores para asegurar un rígido favoritismo a los filmes de su país.

Esta posición global hegemónica del cine estadounidense “se logró históricamente con la ayuda de factores netamente políticos, aunque en principio –en apariencia- fortuitos como por ejemplo las dos guerras mundiales que destruyeron las cinematografías competidoras en Europa” y también “con el apoyo activo del gobierno estadounidense”. “El predominio planetario estadounidense en la industria cultural no se dio por “generación espontánea”. “Se trata de un resultado multifactorial e histórico” (Sánchez Ruíz, 2002:23).

Hay que agregar, asimismo, las nuevas facilidades concedidas a las inversiones extranjeras por las políticas de desregulación de los gobiernos latinoamericanos a partir de la década de 1980, que propiciaron altas inversiones estadounidenses, canadienses y australianas en la construcción de conjuntos de multisalas de cine en ciudades grandes y medianas de la región. Los capitales transnacionales someten así la programación a la uniformidad de la oferta internacional más exitosa y quitan tiempo de pantalla a otras cinematografías. Los estudios comparativos de la programación en las capitales latinoamericanas muestran que en los últimos 40 años aumentaron los espacios de exhibición, pero perdió diversidad la oferta. México, 1990: el 50% de las películas proyectadas eran estadounidenses y el 45.6% mexicanas. En el año 2000 la relación fue de 84.2% a 8.3% respectivamente. En 1995, fecha en que inició la expansión de multisalas, el 16.8% de los filmes no eran estadounidenses ni mexicanos; en 2000, las películas de Hollywood ocupaban casi todo el tiempo de pantalla, las mexicanas perdieron espacio y el cine del resto del mundo se redujo al 7.5% (Rosas Mantecón, 2006).

La desigualdad en el acceso a la exhibición y el consumo de cine es un ejemplo de lo que ocurre con la monopolización y uniformización de los medios y las industrias culturales en los Estados Unidos y en otros países donde las comunicaciones masivas ahogan a los grupos minoritarios. La competencia (ya no tan libre) sofoca la libertad de expresión. Ahora el conflicto entre estos dos principios de las sociedades democráticas modernas se expande al mundo. En rigor, ambas formas de libertad –la de mercado y la de expresión- están siendo reemplazadas por otros dos principios: el gigantesco papel de las

audiencias y la velocidad en la recuperación de las inversiones. La imposición global de esta combinación de desmesura y apuro en el lucro es grave cuando reduce la variedad de la información y la densidad histórica de las culturas respecto de asuntos de interés público (hemos visto acentuarse estas tendencias desde el 11-S hasta la guerra de Irak). También es inquietante en zonas más difusas de formación de la cultura y de la cultura política, como en el cine, la música y la televisión, donde las promesas de interconexión global, de todos con todos, se diluyen en el monolingüismo o la difusión de pedazos aislados de unas pocas culturas. Y aun la movilidad de estas porciones descontextualizadas es restringida a áreas y circuitos marginales: casi todo el cine asiático dentro de algunos países de ese continente, casi todo el cine latinoamericano recluido en algunas capitales de América latina y España.

La asociación de diferencias y desigualdades, las tendencias comerciales a empobrecer la diversidad, indican la necesidad de políticas interculturales transnacionales. En décadas pasadas los debates se concentraban en políticas de representación y multiculturalidad dentro de cada país. Ahora, la conversión de mayorías demográficas en minorías culturales exige políticas regionales y mundiales que regulen los intercambios de las industrias comunicacionales a fin de garantizar oportunidades de producción, comunicación y recepción diversificada que la lógica de los mercados tiende a estrechar.

2. Veamos cómo se construye la desigualdad combinada en distintos medios en un tiempo de convergencia digital cuando la reestructuración de las relaciones entre mayorías demográficas y minorías culturales o empresariales se modifica de modos más complejos. La concentración es mayor y más rápida. El cine tardó décadas en cada transición: del mudo al sonoro, del blanco y negro al color, de las salas al video. Ahora los debates de hace 10 años parecen lejanos. Se discutía entonces la privatización de radios, televisoras, salas de cine, y en general de las telecomunicaciones, así como la concentración globalizada de estos recursos que fueron disminuyendo el papel de los Estados: ¿había que aceptar que la absorbente industrialización de la cultura quedara a cargo de corporaciones privadas con actuación transnacional?

Al mismo tiempo, en muchos países, entre ellos varios latinoamericanos, crecieron radios y televisoras regionales o culturales con sentido público, se difundieron masivamente el video, cablevisión e Internet, o sea que se amplió la diversidad de voces e intercambios.

Las “autopistas de la información”, como se las llamaba, además de agilizar transacciones comerciales y financieras, prometían aumentar el conocimiento recíproco entre las sociedades, y, a través de la educación, conjurar la desigualdad logrando que las mayorías accedieran a la última modernidad.

Esta tensión promisoría entre los usos públicos y privados, locales y transnacionales, de las innovaciones tecnológicas está atrofiándose. La *convergencia* en nuestras manos de radio y televisión, música, noticias e Internet es la réplica de la *fusión* de empresas que hasta ahora producían por separado cada tipo de mensajes. *Time*, dedicada a medios impresos, se unió al megaprodutor audiovisual *Warner*. Convertidos, así, en los mayores fabricantes de espectáculos y contenidos (Time-Warner), se aliaron en 2000 con los megaproveedores de Internet (AOL). La empresa Cobis Corporation, de Bill Gates, al comprar más de 20 millones de imágenes fotográficas, pictóricas y de diseños agrega a su control digital de la edición y transmisión el manejo exclusivo de una enorme parte de la información visual sobre arte, política, guerras y otros acontecimientos históricos.

La digitalización conjunta de los servicios, bajo la hegemonía televisiva, está haciéndose desde hace varios años en los países desarrollados: la Unión Europea fijó 2010 como plazo para que todos los “broadcasters” emitan sus señales en forma digital, y Estados Unidos espera completar el proceso a fines de 2006, lo cual haría caducar a más de 220 millones de aparatos de televisión.

¿Qué es hoy lo opuesto a la desigualdad?

La digitalización de las comunicaciones hace posible, técnica y socialmente, ampliar los canales, abaratar los costos y reducir la desigualdad en el acceso. Pero el modo concentrado en que se realiza el paisaje de lo analógico a lo digital anuncia más concentración e inequidad en la circulación de los bienes culturales. En los tempranos estudios comunicacionales y culturales de los años 60 y 70, a la diversidad se oponía la homogeneización y la desigualdad a la democratización de los bienes simbólicos. En estos días, lo opuesto a la diversidad y a la igualdad es la concentración.

En pocos países la fusión multimedia ha sido tan concentradora de poder como en México. Una sola empresa, Televisa, controla la mayoría de canales de televisión abierta y

de pago, la producción y transmisión radial (Radiópolis y sus 17 emisoras), publica revistas femeninas, del hogar, de información, de entretenimiento y de noticias sobre medios, distribuye programas televisivos en más de cien países, promueve espectáculos deportivos y es propietaria de tres equipos de fútbol (América, Necaxa y San Luis).

El presidente de la FIFA, Joseph Blatter, anunció en mayo de 2006 que estudiaban una sanción a Televisa por contravenir la prohibición de que haya un solo dueño de varios equipos para evitar suspicacias de que uno favorezca a otro. En México, en cambio, se aprobaron en marzo de 2006 leyes federales de radio y televisión, y de telecomunicaciones, que acentúan el duopolio ejercido por Televisión Azteca y Televisa, con predominio de esta última, que ya captura 74% de la audiencia televisiva mexicana, distribuye su programación en todos los continentes y posee la editora de revistas en español más grande del mundo, que cubre 18 países con más de 50 títulos.

La nueva legislación les concede gratuitamente la ampliación del espectro radioeléctrico, despoja al Estado de su papel regulador como representante del interés público y aleja de la competencia por las nuevas frecuencias, que se abrirán mediante la convergencia digital, a las radios AM y a las televisoras culturales y regionales más débiles.

De este modo, la gestión del proceso de convergencia digital en México –que ni siquiera mantiene al Estado como representante del interés público, al modo de Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países europeos- achica la diversidad cultural de las voces y las imágenes al tiempo que ahonda la desigualdad entre los actores comunicacionales.

La última desigualdad: formales / informales

En estos días la desigualdad se construye a partir de las diferencias clásicas (étnicas, de género, nacionales), por la distribución y la apropiación inequitativa de los bienes simbólicos, y también por un tercer proceso en el que ahora deseo detenerme: la división entre modalidades formales e informales de organización social.

A las viejas “desigualdades persistentes”, como las llaman Charles Tilly y Paul Gootenberg, se agrega una nueva. : no sólo entre ricos y pobres, o entre trabajadores calificados ligados al desarrollo industrial o a servicios de tecnología avanzada frente a los menos entrenados y con mal pago, sino también la separación entre quienes tienen trabajos

formales (con contratos duraderos, atención a la salud y otras prestaciones) y quienes están expuestos a la inestable informalidad, sin contratos, derechos laborales, ni atención médica.

La noción de informalidad, que nació hace varias décadas para dar cuenta de irregularidades y explotaciones sin reglas en los mercados de trabajo, hoy resulta necesaria para comprender otras áreas de la vida social. Por ejemplo, *la política*, donde hallamos una convergencia entre el crecimiento de procedimientos informales o ilegales (corrupción, clientelismo, linchamientos, negociaciones ocultas, videos que develan estos actos en los medios más que en la justicia o en instituciones formales) y el descrédito de los partidos, el Congreso y otras instancias de gestión formal política, sindical y judicial. Con frecuencia los medios, especialmente la televisión, buscan construir la persuasión y la “legitimidad” usando recursos ilegales. La captura de un político que lavó dinero o recibió apoyos ilegítimos es exhibida menos como parte de un proceso de corrección de las deficiencias que como un informante para desprestigiar a los adversarios.

Algo semejante ocurre con las estrategias de sobrevivencia. Cuando las soluciones formales ya no se esperan de las instituciones públicas y las empresas privadas, amplios sectores recurren a procedimientos, personas o redes “irregulares”. La vasta difusión de estas tácticas informales las va convirtiendo en estrategias. La noción de *informalidad* se vuelve significativa en el conjunto de la trama social. Abarca a sectores tan heterogéneos como las pequeñas empresas y los comercios domésticos ilegales, los vendedores callejeros, los niños y adolescentes que ofrecen servicios o mercancías en las esquinas, músicos en el metro, cartoneros y recicladores de desechos, artesanos no agremiados (o sea la mayoría), taxis sin licencia, productores y vendedores de discos y videos piratas, revendedores de entradas para espectáculos y cuidadores espontáneos o amafiados de coches en concentraciones deportivas, y muchos otros sectores que actúan en grupos familiares o en redes que “organizan” los circuitos de la vida social.

Hay que destacar, pese al aspecto caótico que presentan estas actividades, su papel organizador de la sobrevivencia cotidiana, los recursos que proveen a familias excluidas de la economía formal, a migrantes y jóvenes que no encuentran dónde trabajar. A veces llegan a conformar microempresas, con mecanismos de acumulación, redes de cooperación y poder, que negocian con los poderes públicos o con instituciones de la economía formal espacios, tolerancia policial y negocios combinados: “legitiman”, así, las operaciones

informales, y entrelazan lo legal y lo ilegal. Después de décadas de este abigarrado crecimiento cómplice entre gobiernos, redes y mafias, entre empresas legales y circuitos dispersos de sobrevivencia, la reproducción social y la gobernabilidad, o la simple subsistencia del país y de muchas ciudades, ha cambiado de sentido.

El desorden urbano provee más ejemplos. En las descripciones de *ciudades* como las de México, Sao Paulo, Lima y Caracas no se encuentra una regulación formal en los usos de espacios públicos, ni un tejido con diferenciación clara de las funciones residenciales, comerciales, industriales y de servicios. Estas distinciones han sido erosionadas por los usos especulativos del suelo, la autoconstrucción (que supera el 50 por ciento de las viviendas en las grandes ciudades mexicanas) y los “procesos más o menos azarosos” o “espontáneos” de parcelación del territorio, edificación y diseño barrial, practicado de acuerdo con un saber empírico ajeno al orden urbano formal, o sea según “usos y costumbres” que suelen someter el espacio público a fines privados.

¿Qué efectos está teniendo esta transformación en el futuro de la sociedad mexicana? Nada mejor que mirar lo que está sucediendo con los jóvenes y en lo que esperan del futuro. Voy a apoyarme en algunos resultados de la Encuesta Nacional de Juventud realizada en México en 2005. Uno de los reactivos empleados por los entrevistadores fue la frase “el futuro es tan incierto que es mejor vivir al día”. La mitad de los encuestados dijo compartir el sentido de esa afirmación, y el mayor número de desilusionados con lo que está por venir se encontró en zonas rurales (65.9%) y en estratos bajos (54.5%).

Muchos estudios sobre culturas juveniles, en varios países, registran la inmersión de las nuevas generaciones en el presente, la pérdida de sentido histórico y utópico. Suele verse este “presentismo” en conexión con los rasgos estilísticos de la sensibilidad mediática: predominio de las películas de acción y de efectos relampagueantes sobre las narrativas de largo plazo; la intensidad de la comunicación instantánea posibilitada por Internet; la obsolescencia planificada de los productos y mensajes; la fugacidad de las modas, la información y las comunicaciones en los chats.

Sin duda, la gestión mediática y mercantil del tiempo empobrece la experiencia del pasado y las fantasías sobre el futuro, subordinándolos al presente. Pero los materiales de esta encuesta revelan que la preferencia –o la resignación– por “vivir al día” tienen un

soporte en las condiciones básicas de vida de las nuevas generaciones. ¿No es coherente la sobrevaloración del momento en quienes deben aprender, más que en cualquier etapa anterior, que los trabajos son precarios y a veces reducidos a oportunidades “eventuales”? Son los jóvenes quienes experimentan más severamente la inestabilidad laboral y la exposición a riesgos poco previsibles. Cuando logran durar en una empresa, se les exige ser flexibles y renovar incesantemente la calificación técnica. Si les va bien y quieren invertir, o si comprenden que el futuro de sus empleos está ligado no tanto a la lógica de la producción y necesidades sociales sino al vértigo de la especulación financiera, también son llevados constantemente a descreer de las estructuras y los procesos de larga duración.

Las dificultades para conseguir trabajo, la fragilidad de los empleos y la deserción escolar conducen a la desesperanza respecto de lo que puede obtenerse de la esfera pública regida por leyes. Los jóvenes consiguen trabajar “por un amigo” (31.6%), porque un familiar los contrata o les consigue dónde hacerlo (37.1%). En el campo, el autoempleo familiar es la principal vía para alcanzar ingresos; en las ciudades, la intermediación de un pariente o un conocido.

Si los recursos para sobrevivir o prosperar se logran usando los mapas informales de la vida social, no habría que esperar algo muy diferente en los usos de su dinero para consumir. Se está volviendo “normal” acceder a los bienes materiales y simbólicos apelando a vías ilegales, o al menos no incluidas en la organización “oficial” de la sociedad. Los tianguis proveen los bienes necesarios y deseados en porcentajes varias veces mayores que las tiendas formales y los centros comerciales. Música, ropa, libros y películas se obtienen más baratos en los mercados piratas y en Internet. El fenómeno es mundial, pero México no ocupa una posición discreta: es el tercer mercado de películas piratas (después de China y Rusia), abarcando 90% del material circulante en el país. En música, estamos entre los 20 países con mayor índice de consumo ilegal a través de PzP: se bajan 615 millones de canciones al año (Caballero, 2006, y Cabrera, 2005).

Es interesante contrastar esta perspectiva, extendida entre los jóvenes, con otras dos concepciones operantes a propósito de la circulación irregular de bienes culturales. En los cines de México suelen proyectarse antes de la película cortos en los que las empresas condenan la piratería de películas: un breve relato muestra a padres que llevan a la casa un video “ilegal” y a un hijo que aprovecha para negarse a estudiar aduciendo que ya

consiguió los resultados piratas del examen. En varias salas, cuando aparece la admonición final: “¿Qué le estás enseñando a tus hijos?”, escuché la misma broma de algún adulto: “A ahorrar”.

Tenemos tres miradas sobre la piratería: a) la de la empresa cinematográfica que la descalifica moralmente equiparando la copia ilegal de la película con la copia de un examen (equivalencia entre la lógica comercial y educativa que sería fácil cuestionar); b) la de los adultos que ironizan el moralismo del mensaje empresarial con la alusión a una conducta virtuosa –ahorrar-, recurso de mejoramiento económico a largo plazo en épocas de estabilidad financiera; c) las risas o indiferencia de los jóvenes, que ven indulgentemente las compras piratas como un modo de revertir las desigualdades en el consumo inmediato. Esta última perspectiva aparece en las prácticas registradas por la Encuesta, donde los consumos formales e informales se complementan: “los jóvenes, dice Rossana Reguillo, han encontrado a través del comercio ‘pirata’ en ropa, música, películas, la manera de inscribirse en este discurso global que condena a quienes están fuera de sus circuitos a la invisibilidad. Por tanto, lo que la encuesta estaría revelando no es tanto un conjunto de comportamientos ‘transgresores’ o incluso ‘delictivos’, sino una estrategia de los menos favorecidos por el sistema para “conectarse”, palabra que se convierte aceleradamente en sinónimo de sobrevivencia”.

Frente a quienes defienden como legal un orden económico inequitativo que los beneficia y discrimina a amplios sectores (los empresarios culturales), ante “el público” que denuncia con ironía esa contradicción en nombre de una ética de la acumulación paciente, a largo plazo, mediante el ahorro, las prácticas juveniles utilizan de modo combinado recursos formales e informales, legales o no legales, para concretar su aspiración a conectarse, informarse y entretenerse ya mismo.

Lo que legitima para muchos jóvenes el uso de recursos o procedimientos no legales es la obtención de bienes que la organización legal o formal de la sociedad vuelve inaccesibles. Legalidad y legitimidad se separan. La pregunta que surge es cuánta ilegalidad, o conflicto de legitimidades no legalizadas, puede soportar una sociedad sin destruirse. Esta cuestión puede plantearse como un problema jurídico o moral. La correlación entre algunos resultados de la Encuesta incita a formular la pregunta como una

averiguación sobre la posible supervivencia de una sociedad cuando sus prácticas están desconectadas, cuando distintos sectores actúan sin un marco regulatorio compartido.

En la valoración de la mayoría de los jóvenes, la escuela se presenta como un espacio para adquirir conocimientos y amigos, y, muy por debajo, para “conseguir trabajo” o “poner un negocio”. “Ganar dinero” no aparece como resultado de las competencias proporcionadas por la educación.

Dan un paisaje análogo los datos sobre consumos culturales. La computadora, Internet, el celular, la agenda electrónica, el Mp3 y los videojuegos están incorporados a los hábitos de 50 a 80% de los jóvenes. La posesión de esos recursos es mayor, por supuesto, en los niveles económicos altos y medios, pero también están familiarizados con los avances tecnológicos muchos jóvenes a través de los cibercafés, la escuela y la sociabilidad generacional. Quienes dicen que saben usar los recursos tecnológicos son más del doble de los que los tienen: 32.2% de los hombres tienen computadora y dicen manejarla 74%; la relación en las mujeres es de 34.7% a 65.1; poseen Internet 23.6 de los varones, en tanto 65.6% lo utiliza, y en las mujeres la distancia es mayor: de 16.8 a 55.9%.

Podemos concluir que el acceso es menos desigual que la posesión del equipamiento tecnológico, aunque sabemos por investigaciones sobre el uso de instrumentos avanzados de comunicación en el sector más capacitado –los estudiantes universitarios- que tener en casa computadora e Internet suele asociarse a una utilización más fluida e intensiva. (De Garay, 2003).

En su estudio sobre los comportamientos de los estudiantes en la red, Rosalía Winocur resume así la argumentación de los jóvenes ante sus padres: “si no tengo la computadora no sólo no voy a gozar de sus ventajas sino que voy a quedar fuera de lo que socialmente se ha vuelto significativo en términos de acceso al conocimiento, prestigio, placer, visibilidad, competitividad, reducción de complejidad y oportunidades de desarrollo.” (Winocur, 2005).

Las modalidades de acceso y los usos no corresponden a lo que se suponía propio de la organización moderna de la sociedad: por un lado, porque la democratización o socialización de las comunicaciones no es igualitaria; por otro, porque la mayoría, como dijimos, alimenta su consumo con videos, discos y software piratas, y los contenidos que

buscan a través de esos medios, como en el uso de la radio y la televisión, muestran desinterés hacia los temas y la información públicas.

Si con la expansión de aparatos audiovisuales y electrónicos la vida cotidiana, la información y la formación de los jóvenes se hace más horas por día ante pantallas (TV, computadora, Palm, iPod, celular, videojuegos y reproductores de DVD portátiles) que ante los libros y revistas, y con frecuencia durante más tiempo que el dedicado a la escuela y a las interacciones personales, la brecha entre quienes poseen o no esas máquinas, y quienes las tienen en sus casas o deben usarlas fuera ocasionalmente, se vuelve decisiva en la distancia entre clases y estratos sociales.

La distinción socioeconómica y cultural entre los jóvenes ya no se organiza sólo con referencia al capital familiar (calidad de la vivienda y barrio donde viven). El universo cultural de los jóvenes ha pasado del comedor o la sala a la recámara personal en los sectores medios y altos. Como observa Roxana Morduchowicz, se transformaron los vínculos familiares y la propiedad de los medios: dejaron de ser “de la familia” y pasaron a ser “del hijo mayor”, “del hijo menor”, “de la hija”, “de la madre” o “del padre”. Dado que esta posesión personalizada, cuando se trata de aparatos portátiles (celulares, discman, iPOD), permite trasladar los signos de distinción a las interacciones públicas o entre amigos, el equipamiento individual se vuelve un recurso de acceso personalizado a la información y el entretenimiento, y un marcador de clase que cada uno lleva consigo a múltiples escenarios.

También se reestructuran los modos de diferenciarse entre generaciones de distintos niveles sociales, y entre hombres y mujeres. Tres datos: 80% de la población mexicana vive sin Internet y del total de cibernautas 50 por ciento son hombres, y de ese universo la mitad tiene entre 19 y 34 años (Chacón, 2005). Es este sector de jóvenes de clases media y alta el que goza de mayor autonomía personal, accesos intensos y flexibles a información y entretenimiento más diversificado, interactividad mediática y posibilidad de independizarse de los mayores. Leí en una investigación española: “Hace 20 años los padres controlaban el 90% del ocio de sus hijos, ahora no saben qué hacen la mayor parte del tiempo” (Gómez y Abril, 2006). Quizá las tecnologías de uso personalizado sean hoy el principal resorte emancipador de los jóvenes.

De qué emancipación podemos hablar

Antes los jóvenes se independizaban a través del trabajo, el estudio y el matrimonio. Ahora, para muchos, las vías preferentes son la conectividad y el consumo. Estos nuevos medios de independización de la familia no sustituyen generalizadamente los anteriores; con frecuencia, se articulan con ellos, y anticipan, desde la primera adolescencia, un horizonte ajeno a los padres. También crean, en un mundo más vasto y desigual, donde se multiplican las sujeciones, nuevas dependencias.

Podría pensarse que en los comportamientos de los jóvenes se manifiesta una reorganización radical de lo que veníamos entendiendo por modernidad, desigualdad e integración social. Vemos aumento de la información y las interacciones con baja integración social, aceleración de los cambios con empobrecimiento de las perspectivas históricas respecto del pasado y el futuro, combinación asistémica de recursos formales e informales para satisfacer necesidades y deseos a escala individual o grupal. La fascinación por el acceso y los intercambios le gana a la memoria y la proyección al futuro. En consecuencia, disminuye el papel de la institucionalidad que organizó la primera modernidad –las escuelas, los partidos políticos, la organización legal y la continuidad del espacio público- en beneficio de los arreglos transitorios, la apropiación flexible de recursos heterogéneos en el mercado laboral y en los consumos. Mayor interés por la diversidad y la innovación momentáneas que por la estabilidad y el orden.

En tiempos de globalización, en los que las industrias culturales, bajo un régimen concentrado de convergencia digital, organizan las diferencias y tienden a ignorar la desigualdad, la relación entre los grupos y entre las naciones parece reducirse al estar conectado o desconectado. Si no se puede conseguir conectarse o integrarse a través de estructuras formales, la informalidad en el trabajo y en el consumo, en el acceso a los medios y en la ocupación del espacio urbano, se vuelven “normales”. Las polémicas entre el énfasis antropológico en la diferencia y el énfasis sociológico en la desigualdad se ven obligadas a abrirse a los estudios comunicacionales sobre conexión y desconexión. Y a su vez las tres perspectivas se ven en la necesidad de reubicar la superación del desempleo y la pobreza en una revisión estructural del futuro de la informalidad.

No ganamos mucho con la simple afirmación de alguna diferencia redentora (étnica o nacional), ni parece muy viable la reivindicación nostálgica de una modernidad formal

que aspiraba al igualitarismo. Tampoco se trata de pretender superar las diferencias y la desigualdad sólo mediante el acceso y las conexiones. Quizá el mayor reto es construir nuevos esquemas conceptuales para pensar la riqueza y la miseria, las diferencias, la desigualdad y las desconexiones, de acuerdo con los nuevos dispositivos para la formación de beneficios propios de los modos de explotación en un mundo de conectividad nacional y transnacional.

BIBLIOGRAFÍA

Caballero, Jorge, “México, tercer lugar en piratería de películas en el mundo, dice John Malcom”, *La Jornada*, 5 de octubre de 2005, p.10.

Cabrera, Omar, “Señalan a México como pirata digital”, *Reforma, Gente*, 13 de marzo de 2006, p.1.

Chacón, Lidia, “Vive sin Internet 80% en México”, *Reforma, sección A-Negocios*, México, 25 de octubre de 2005, p.1.

Gootenberg, Paul. “Desigualdades persistentes en América Latina: historia y cultura”, en *Alteridades*, año 14, núm. 28, julio-diciembre, 2004, 9-19pp.

Instituto de la Juventud, Encuesta Nacional de Juventud 2005, México DF, en prensa.

Murduchowicz, Roxana. *El capital cultural de los jóvenes*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2004.

Los jóvenes y las pantallas, inédito, 2006.

Rosas Mantecón, Ana. “Las batallas por la diversidad: exhibición y públicos de cine en México”, en *El consumo cultural en América Latina*, Sunkel, Guillermo (coord), Convenio Andrés Bello, Colombia, 2006.

Sánchez Ruiz, Enrique. La industria audiovisual en América del Norte: entre el mercado (oligopólico) y las políticas públicas, en Néstor García Canclini, Ana Rosas Mantecón y Enrique Sánchez Ruiz (comps), *Cine mexicano y latinoamericano. Situación actual y perspectivas en América Latina, España y Estados Unidos*. Informe presentado al Instituto Mexicano de Cinematografía, en diciembre, 2002.

Tilly, Charles, *Durable inequalities*, University of California Press, Berkeley, 1998.

Winocur, Rosalía. “Procesos de socialización y formas de sociabilidad de los jóvenes universitarios en la red”, en Guillermo Sunkel (coord), *El consumo cultural en América Latina*, op cit.

